

NELE NEUHAUS

**QUIEN SIEMBRA
VIENTOS**

RECOGE TEMPESTADES

Por la autora de **BLANCANIEVES DEBE MORIR**

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

PERSONAJES Y LUGARES DE LA NOVELA

Personajes principales:

Altunay, Cem: Inspector de la Policía judicial recién llegado a la K 11 de Hofheim.

Bennett, Bobby: Activista medioambiental y amigo de Cieran O'Sullivan.

Bodenstein, Heinrich von: Conde de Bodenstein y padre de Oliver.

Eisenhut, Dirk: Director del Instituto Climatológico de Alemania.

Franzen, Friederike (Ricky): Dueña de la tienda de mascotas El Paraíso Animal y novia de Jannis Theodorakis.

Glöckner, Ralph: Director de obra y «solucionador» contratado por la empresa de energía eólica WindPro.

Grossmann, Rolf: Vigilante nocturno de WindPro.

Hirtreiter, Frauke: Hija mediana de Ludwig Hirtreiter.

Hirtreiter, Gregor: Hijo mayor de Ludwig Hirtreiter.

Hirtreiter, Ludwig: Dueño de la granja Rabenhof situada en Ehlhalten.

Hirtreiter, Matthias: Hijo pequeño de Ludwig Hirtreiter.

Kröger, Christian: Inspector jefe, director del equipo de la Policía científica de Hofheim.

Mark: Joven que ayuda a Ricky Franzen en el refugio de animales y la tienda de mascotas.

Nika: Contable y chica para todo de la tienda de mascotas El Paraíso Animal.

O’Sullivan, Cieran: Periodista y activista medioambiental escéptico del cambio climático.

Rademacher, Enno: Director de ventas de WindPro.

Theissen, Stefan: Director de WindPro.

Theodorakis, Yannis: Activista de la iniciativa ciudadana «Por un Taunus sin molinos» y novio de Ricky Franzen.

Lugares principales:

Ehlhalten: Distrito de la localidad de Eppstein donde se proyecta la construcción de un parque eólico.

El Paraíso Animal: Tienda de mascotas de Ricky Franzen, situada en Königstein.

Kelkheim: Localidad en cuyo polígono industrial se encuentra el edificio de la empresa de energía eólica WindPro.

Krone: Bar situado en el distrito de Ehlhalten.

Rabenhof: Granja de Ludwig Hirtreiter, situada en Ehlhalten.

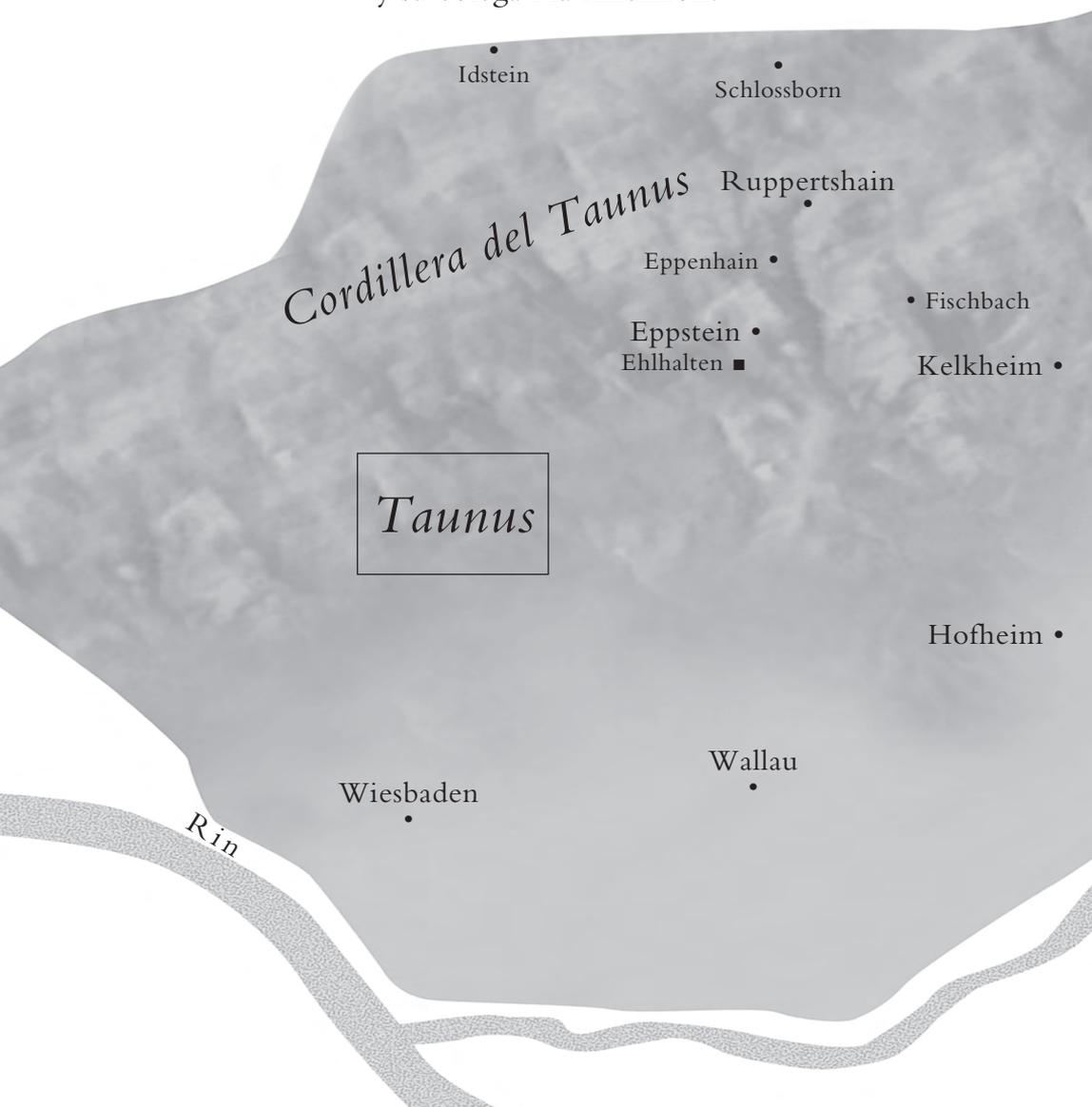
Schneidhain: Distrito de Königstein en el que viven Ricky y Jannis y donde se encuentra también el refugio de animales, al que se llega por una pista asfaltada.

El mundo de Nele Neuhaus

EL TAUNUS

El Taunus, una región cercana a Frankfurt, es un paisaje dominado por la cordillera que le da nombre. Lleno de valles pintorescos, es el escenario de la serie policíaca de Nele Neuhaus.

Su papel en las tramas es tan importante como el de los personajes protagonistas, el inspector jefe Oliver von Bodenstein y su colega Pia Kirchhoff.



Cordillera del Taunus

Bad Homberg

Königstein
Schneidhain

Kronberg

Valle de Schmiehbach

Bad Soden

Eschhain

Sulzbach

• Hof Hausen

Unterliederbach

Frankfurt

Höchst

Meno

Prólogo

Corría todo lo deprisa que podía por la calle desierta. En el negro cielo nocturno estallaban ya los primeros petardos de Nochevieja, anticipándose a la medianoche. ¡Tenía que llegar como fuera hasta aquella muchedumbre que estaba de celebración en el parque y desaparecer entre la gente! No conocía la zona, había perdido por completo la orientación, y los pasos de sus perseguidores resonaban desde los altos muros de las casas. Iban pisándole los talones, cada vez la apartaban más de las calles principales, lejos de los taxis, del metro y de los transeúntes. Si en ese momento tropezaba, todo habría acabado.

El miedo a morir la dejaba sin aire, el corazón le martilleaba contra las costillas. No podría mantener ese ritmo mucho tiempo más. ¡Allí! ¡Por fin! Entre las interminables fachadas de los altos edificios se abría una grieta oscura. Torció en plena carrera para entrar en el estrecho callejón, pero su alivio duró tan solo una fracción de segundo, hasta que comprendió que había cometido el mayor error de su vida. Ante ella se alzaba un muro liso y sin huecos. ¡Se había metido en una trampa! La sangre le afluyó a los oídos; sus jadeos eran el único sonido en el repentino silencio. Se agachó detrás de unos cubos de basura apestosos, apretó la cara contra el muro áspero y húmedo del edificio y cerró los ojos con la vana esperanza de que los hombres no la vieran y pasaran de largo.

—¡Ahí está! —exclamó uno a media voz—. Ya la tenemos.

De pronto se encendió una potente linterna, ella alzó un brazo y parpadeó, cegada por la luz deslumbrante. La cabeza le iba a mil por hora. ¿Debía gritar pidiendo ayuda?

—De aquí no sale —dijo otro.

Unos pasos sobre el asfalto. Los hombres se acercaron, esta vez despacio, sin prisa. El miedo hacía que le doliera todo el cuerpo. Apretó las manos empapadas de sudor y, al unir los puños, las uñas se le hundieron dolorosamente en la carne.

De pronto lo vio. ¡Él! Se había acercado a la luz y la miraba desde su altura. Por un instante de alivio nació en ella la descabellada ilusión de que había acudido para ayudarle.

—¡Por favor! —susurró con voz ahogada, y alargó una mano suplicante—. Puedo explicártelo todo, puedo...

—Demasiado tarde —la interrumpió él.

En sus ojos percibió una ira fría, y desprecio. La última chispa de esperanza que albergaba se extinguió y cayó hecha cenizas, igual que la hermosa villa blanca a la orilla del lago.

—¡Por favor, no te vayas! —exclamó con voz estridente.

Quería arrastrarse hacia él, implorarle perdón, jurarle que por él haría cualquier cosa, cualquiera, pero él se volvió de espaldas, desapareció de su vista y la dejó sola con aquellos hombres de quienes no podía esperar compasión alguna. El pánico la sacudió como una ola negra. Miró frenética a su alrededor. ¡No! ¡No quería morir! ¡No en aquel callejón oscuro y repugnante, que apestaba a meados y basura!

Se defendió a patadas y puñetazos con la fuerza que le confería el miedo y luchó con crudeza la última de las batallas. Aun así, no tuvo ninguna posibilidad; los hombres la habían inmovilizado contra el suelo y le habían doblado los brazos brutalmente hacia atrás. Entonces sintió el pinchazo en el brazo. Los músculos se le relajaron y el callejón se desvaneció ante sus ojos mientras le arrancaban la ropa hasta dejarla allí tirada, desnuda e impotente. Sintió que se la llevaban a rastras, echó un último vistazo hacia la estrecha banda oscura del cielo nocturno que se vislumbraba entre los altos muros y vio las estrellas titilantes. Después cayó a unas profundidades negras e insondables. Durante un breve y maravilloso instante se sintió ingrávida, la vertiginosa caída la dejó sin respiración, todo oscureció y no le extrañó en absoluto que morir fuese tan fácil.

Se incorporó sobresaltada. El corazón latía a toda velocidad en su pecho, tardó un par de segundos en comprender que solo había sido un sueño. Ese sueño la perseguía desde hacía meses, pero nunca había sido tan real y nunca había llegado hasta el final. Temblorosa, se abrazó a sí misma y esperó a que sus músculos agarrotados se relajaran y aquel frío abandonara su cuerpo. La luz de las farolas entraba por la ventana enrejada. ¿Hasta cuándo estaría segura allí? Se dejó caer hacia atrás, apretó la cara contra la almohada y empezó a sollozar, porque sabía que ese miedo jamás la abandonaría.

Lunes, 11 de mayo de 2009

El sol acababa de salir cuando Ludwig Hirtreiter cerró la verja del jardín tras de sí y, como cada mañana, echó a andar con la escopeta al hombro por el camino que subía en ligera cuesta hacia el bosque. *Tell*, el pudelpointer de recio pelaje marrón, correteaba varios metros por delante, husmeando aquí y allá, y con su fino olfato percibía los mil olores que había dejado la noche. Hirtreiter inspiró con fuerza el aire frío y escuchó el concierto matutino de los pájaros. En el prado que había junto a la linde del bosque pacían dos corzos. *Tell* los miró, pero no hizo ningún intento de ir tras ellos. Era un perro listo y obediente, y sabía que la caza solo debía interesarle cuando su amo le daba permiso.

—Bien hecho, chico —murmuró el hombre.

Su granja no quedaba muy lejos del bosque. Pasó la barrera roja y blanca, que se vio obligado a instalar unos años antes porque los excursionistas domingueros de Frankfurt se internaban cada vez más en el bosque con el coche, los muy vagos. A la gente de hoy en día, sobre todo a la de ciudad, le faltaba humildad ante la naturaleza. No eran capaces de distinguir un árbol de otro, iban desgañitándose a voz en grito por todas partes y dejaban que sus perros sin adiestrar corrieran sueltos por ahí, aun en época de veda. Algunos incluso se divertían cuando los animales levantaban una presa y la perseguían. Ludwig Hirtreiter no era capaz de mostrarse comprensivo ante semejantes conductas. Para él, el bosque era sagrado. Lo conocía tan bien como su propio jardín, conocía los claros apartados, sabía dónde estaba la caza y qué caminos seguían los jabalíes. Un par de años atrás,

él mismo había diseñado y colocado los paneles explicativos del sendero forestal educativo para acercar los secretos del bosque a los ignorantes.

El sol lanzaba sus rayos por entre el follaje espeso y transformaba el bosque en una silenciosa catedral verde y dorada. En la primera bifurcación del camino, como si le hubiera leído el pensamiento a su amo, *Tell* tomó el ramal de la derecha. Pasaron sin prisa de largo por delante del imponente Roble del Carbonero y llegaron al claro donde una tormenta había abierto un sendero entre los árboles el otoño anterior. De repente Ludwig se detuvo. También *Tell* se quedó quieto e irguió las orejas. ¡Rugidos de motor! Poco después, el estridente fragor de una sierra mecánica desgarró el silencio. No podían ser los forestales, porque en aquella estación no tenían nada que hacer en el bosque. Ludwig Hirtreiter sintió crecer una furia ardiente en su interior. Dio media vuelta y echó a andar en la dirección de la que procedía el ruido. El corazón le latía con fuerza. Ya se había oído que esa gente no mantendría el acuerdo, sino que tiraría adelante con la tala y se presentaría en la asamblea vecinal con los hechos consumados.

Unos minutos después vio confirmadas sus sospechas. Se agachó para pasar por debajo de la cinta con la que habían cerrado un pequeño claro, casi en la cresta de la montaña, y contempló sin dar crédito los camiones de color naranja aparcados y la media docena de hombres que corrían ajetreados de aquí para allá. De nuevo rechinó la sierra mecánica, volaron astillas, un gran abeto rojo se balanceó y se partió con un crujido sobre el claro. ¡Cabrones traicioneros! Trémulo de ira, Ludwig se descolgó la escopeta del hombro y retiró el seguro.

—¡Alto! —vociferó cuando la sierra ronroneó sin tocar madera.

Los hombres se volvieron y levantaron las viseras de sus cascos. El anciano salió al claro con *Tell* pegado a él.

—¡Largo de aquí! —le gritó uno de los trabajadores—. ¡Esto no es asunto suyo!

—¡Largo vosotros! —contestó Ludwig Hirtreiter, furioso—. ¡Y ahora mismo, además! ¿Cómo os atrevéis a venir a talar árboles?

El capataz se fijó en el arma y vio la resolución en el rostro del viejo.

—Oiga, tranquilícese. —Levantó las manos para apaciguarlo—. Solo estamos haciendo nuestro trabajo.

—Pues aquí no lo haréis. Fuera del bosque ahora mismo.

Los demás hombres se acercaron. La sierra mecánica había enmudecido. *Tell* soltó un largo gruñido desde el fondo de su garganta y Ludwig enganchó el índice en el gatillo. Iba muy en serio. El comienzo de las obras no estaba programado hasta principios de junio, así que esa acción de tala tan anticipada era ilegal, por mucho que se produjera con el consentimiento tácito del alcalde o del jefe del distrito.

—¡Tenéis cinco minutos de reloj para recoger vuestras cosas y desaparecer! —le gritó a la cuadrilla.

Nadie se movió. Preparó entonces el disparo, apuntó a la sierra mecánica que uno de los trabajadores sostenía en las manos y apretó el gatillo. Se oyó un tiro. Justo en el último momento, Ludwig había levantado un poco el arma para que la bala pasara volando como a un metro de la cabeza del hombre. Durante un par de segundos todos se quedaron de piedra, mirándolo sin podérselo creer. Después echaron a correr a la desbandada.

—¡Esto no va a quedar así! —gritó el capataz—. Pienso llamar a la Policía.

—Y a mí qué. —Ludwig Hirtreiter se limitó a asentir y se colgó la escopeta del hombro.

Nadie llamaría a la Policía; con eso solo conseguirían tirar piedras sobre su propio tejado, esos delincuentes embusteros.

Casi se había creído sus promesas hipócritas. Que no talarían ningún árbol hasta que todo estuviera decidido, habían asegurado solemnemente aquel mismo viernes. Y eso que en aquel momento ya debían de tener contratada a la empresa para que empezara la tala el lunes por la mañana. Esperó hasta que los camiones salieron del claro y el ruido de sus motores desapareció a

lo lejos, entonces apoyó la escopeta en el tronco de un árbol y se dispuso a retirar toda la cinta del perímetro.

Pia Kirchhoff estaba junto a la cinta de equipajes a punto de alargar la mano hacia su maleta cuando oyó una suave melodía que procedía del bolsillo de su cazadora. Tardó un momento en asociar ese sonido con su móvil, que acababa de encender poco después de aterrizar. El teléfono no había sonado durante tres espléndidas semanas, había pasado de ser una de las herramientas más importantes de su vida cotidiana a convertirse en un accesorio del todo prescindible. En aquel momento, además, su equipaje era muchísimo más importante que cualquier llamada. La maleta de Christoph fue una de las primeras en aparecer, y él había salido suponiendo que Pia lo seguiría enseguida. La inspectora, sin embargo, tuvo que esperar quince minutos de reloj, porque el equipaje del vuelo LH729 procedente de Shanghái caía en la cinta transportadora con una irregularidad que habría puesto a prueba los nervios de cualquiera, y con intervalos de varios metros entre bulto y bulto.

Cuando por fin cargó su maleta rígida de color gris en el carrito portaequipajes, Pia rebuscó el móvil en su bolsillo. Por toda la terminal sonaban los anuncios de megafonía, alguien le golpeó bruscamente en la pantorrilla con un carro y ni siquiera fue capaz de arrancarse un «Perdón»; otro avión había escupido a sus pasajeros y en el control de aduanas se había formado un atasco. Al final la inspectora consiguió sacar el móvil, que canturreaba incansable, y contestó.

—¡Estoy a punto de pasar la aduana! —exclamó—. ¡Ahora no puedo atenderle!

—Vaya, perdona —repuso el inspector jefe Oliver von Bodenstein al otro lado de la línea. Parecía divertido—. Creía que habíais vuelto anoche.

—¡Oliver! —Pia soltó un suspiro—. Lo siento. El vuelo ha llegado con nueve horas de retraso, acabamos de aterrizar. ¿Qué ocurre?

—Tengo un pequeño problema —contestó su jefe—. Han encontrado un cadáver, pero si no me presento a la boda civil de Lorenz y Thordis, que es esta mañana a las once, mi familia no querrá saber nada más de mí.

—¿Un cadáver? ¿Dónde?

Pia iba a cruzar ya el control aduanero, pero una funcionaria bajita y regordeta que contemplaba con semblante inexpresivo a los pasajeros levantó la mano. Por lo visto, ese último comentario de la inspectora había despertado su interés. Algo muy poco oportuno, con la prisa que tenía.

—En una empresa del polígono de Kelkheim —respondió Bodenstein—. El aviso acaba de entrar. Envío al nuevo, pero preferiría que pudieras acercarte tú también.

—¿Tiene algo que declarar? —preguntó con voz gangosa la funcionaria.

—No. —Pia negó con la cabeza.

—¿Cómo... que no? —preguntó Bodenstein, atónito.

—No, se lo decía a... Sí —contestó Pia algo crispada—. No, no tengo nada que declarar. Y sí, me acercaré.

—Pero ¿qué se ha creído? —La aduanera arqueó las cejas—. Abra su maleta, por favor.

Pia sostuvo el móvil entre la mejilla y el hombro, se peleó con los cierres de la maleta y se rompió una uña al intentar abrirla. El relax de las vacaciones se esfumó por completo; el estrés había vuelto a apoderarse de ella.

—Bueno, eso, que me acercaré. Dame la dirección.

Abrió la maleta. Con la esperanza de encontrar tal vez entre la ropa sucia un jarrón Ming introducido ilegalmente, una botella de licor de contrabando o varios cartones de cigarrillos, la funcionaria de aduanas revolvió con parsimonia las cosas que Pia había embutido allí de cualquier manera. Tras ella se agolpaban ya otros viajeros. Pia fulminó con una mirada rabiosa a la mujer, que tras el registro infructífero la dejó marchar con un gesto altivo de la cabeza. La inspectora cerró la maleta con un golpe, la lanzó al carrito portaequipajes y enfiló hacia la salida. Las puertas de cristal translúcido se deslizaron para abrirse. Al otro

lado de la barrera esperaba Christoph, con una sonrisa algo tensa en la cara, y junto a él estaba el exmarido de Pia, el doctor Henning Kirchhoff, que parecía descontento. ¡Lo que faltaba! En realidad era Miriam, que durante la ausencia de Pia se había ocupado de Birkenhof y de sus animales, quien debía haberlos recogido en el aeropuerto; antes de despegar hablaron por teléfono y quedaron en eso.

—Mi maleta ha sido la última en salir —se disculpó Pia—, y luego esa bruja de la aduana se ha puesto a revolverme todo el equipaje. Lo siento. ¿Qué haces tú aquí? —Esa última frase iba dirigida a su ex.

Al lado de Christoph y de su bronceado de la China central, a Henning se le veía pálido y enjuto.

—Yo también me alegro de verte —repuso él con sarcasmo, e hizo una mueca—. Tengo el coche en zona de estacionamiento prohibido desde hace más de una hora. Cuando me envíen la multa, espero que la pagues tú.

—Lo siento. —Pia le dio un tímido beso en la mejilla—. Gracias por venir a recogerlos. ¿Qué le ha pasado a Miriam?

La relación entre su exmarido y su mejor amiga se había complicado desde que Henning estaba bajo sospecha de ser el padre del niño aún no nacido de su antigua amante. Tras varios meses sin dirigirse la palabra, y durante los cuales Henning se había planteado muy en serio huir al extranjero como un cobarde, Miriam y él volvieron a acercarse, pero aún no podía hablarse de una relación armónica y de confianza.

—Miriam tenía una cita a las nueve en Mainz, no podía esperar a que vuestro avión se decidiera a aterrizar —explicó el forense con un tonillo lleno de reproche mientras iban hacia el aparcamiento—. Ha pensado que, como a mí no me queda muy lejos del instituto... Bueno, ¿qué tal os han ido las vacaciones?

—Bien —contestó Pia, y cruzó una rápida mirada con Christoph.

«Bien» era el eufemismo del siglo. Esas tres semanas en China habían sido las primeras vacaciones de verdad que se tomaba Pia en la vida y habían resultado perfectas. Aunque ya hacía bastante

que estaban juntos, la mirada de Christoph todavía le provocaba esa agradable y excitante sensación de hormigueo en el estómago, y a veces le costaba creer que hubiera tenido la suerte de encontrar a un hombre como él. Se habían conocido el verano de tres años atrás, en el transcurso de la investigación de un asesinato, cuando Pia ya casi se había hecho a la idea de pasar el resto de su vida sola en Birkenhof, con sus animales como única compañía. La chispa entre ambos surgió al instante, pero en aquellos momentos Bodenstein lo consideraba un muy posible sospechoso, lo cual no les puso las cosas fáciles precisamente.

El aire frío de primera hora de esa mañana de mayo hizo tiritar a la inspectora. Después de catorce horas de vuelo, se sentía pegajosa y sucia y soñaba con darse una ducha, pero para eso tendría que esperar todavía un buen rato.

Al coche de Henning no le habían puesto ninguna multa, tal vez porque había dejado el cartel de «Médico de servicio» bien visible tras el parabrisas. Christoph y él metieron el equipaje en el maletero mientras Pia se desplomaba en el asiento de atrás del Mercedes.

—¿Qué plan tienes ahora? —preguntó unos minutos después, mientras su ex conducía ya por la autopista.

El tráfico de hora punta en dirección a Frankfurt los hacía avanzar despacio.

—¿Por qué quieres saberlo? —contestó él enseguida, receloso.

Pia puso los ojos en blanco. ¡Seguía sin ser capaz de ofrecer una respuesta sencilla a una pregunta sencilla! Se dio un masaje en las sienes, que le palpitaban. Esas últimas tres semanas había desconectado por completo, había dejado a un lado las preocupaciones diarias, su trabajo e incluso la amenazante orden de derribo de Birkenhof. En ese momento, no obstante, todo se le vino encima de golpe. Habría prolongado las vacaciones hasta una fecha indefinida sin pensárselo dos veces, aunque tal vez el secreto de la verdadera felicidad era que siempre tenía límites.

—Han encontrado un cadáver en Kelkheim y tengo que ir —contestó—. El jefe acaba de llamarme. Creo que se me han terminado las vacaciones.

La gran verja del refugio de animales estaba cerrada y el aparcamiento que había frente al edificio administrativo seguía vacío. Mark, que caminaba intranquilo de aquí para allá junto a la alta valla, lanzó una mirada a su móvil. Las siete y cuarto. ¿Dónde se había metido Ricky? Él tenía que irse en veinte minutos como mucho. Los profes le echaban una bronca impresionante cada vez que llegaba tarde a clase, aunque fuera un minuto, y enseguida le escribían correos electrónicos a su madre, solo porque últimamente había hecho novillos un par de veces. Estaban todos tarados. ¿Por qué no entendían sus padres que ya no le daba la gana ir al instituto? Desde que salió del internado sentía que vivía una vida equivocada, la vida de otro. Mark habría preferido mil veces hacer algo útil en lugar de pasarse las horas sentado en un aula porque sí. Trabajar en algo relacionado con animales. Y además tener su propio piso lleno de perros y gatos, como en casa de Ricky y Yannis. Eso sería una pasada. Pero a su padre le daría un infarto si le proponía algo así. Acabar el bachillerato y estudiar una carrera era obligatorio, y también pasar un par de semestres en el extranjero, que le sentarían de maravilla. Todo lo que quedara por debajo de eso era para proletarios. Para completos fracasados. Prácticamente una vía directa a la renta mínima. Desde donde se encontraba podía ver toda la pista asfaltada que bajaba hasta Schneidhain, pero, aparte de un par de madrugadores que paseaban al perro, allí no había un alma. Mark se había pasado la mitad de la noche sentado delante del ordenador porque no podía dormir; en cuanto cerraba los ojos, llegaban los recuerdos. Así que le escribió un mensaje de texto a Ricky, y ella le contestó que estaría a las siete de la mañana en el refugio. Ya eran casi las siete y media. Decidió ir a su encuentro pista abajo.

Cuando la juez lo había condenado a ochenta horas de servicios comunitarios en el refugio de animales, a él casi le dio un ataque; menuda mierda. Pero después conoció a Ricky, y a Yannis, su novio, y de pronto tenía otra vez algo que lo ilusionaba. El trabajo en el refugio le divertía mucho, así que había seguido ayudando aunque hacía tiempo que había cumplido su condena. Era como si en Ricky y Yannis hubiera encontrado un nuevo hogar, una nueva familia en la que siempre era bienvenido. Yannis era su gran modelo a seguir, a veces discutían durante noches enteras sobre cosas que a Mark hasta entonces no le habían interesado para nada: el conflicto de Afganistán, los asentamientos de Israel y la acogida de presos de Guantánamo en Alemania; o sobre el tema preferido de Yannis, la gran mentira del clima. Yannis sabía un montón sobre cualquier asunto y tenía unas opiniones completamente diferentes a las del padre de Mark, que como mucho se indignaba alguna que otra vez por la política fiscal del Gobierno, o por la izquierda y los Verdes. Pero, sobre todo, Yannis convertía sus palabras en hechos. Lo había acompañado un par de veces a manifestaciones y concentraciones, y había quedado muy impresionado, porque Yannis conocía a miles de personas.

Se estaba poniendo el casco e iba a encender la moto cuando el monovolumen oscuro de Ricky subió por el camino. El corazón le dio un vuelco al verla detener el coche junto a él y bajar la ventanilla.

—Buenos días —lo saludó, sonriente—. Siento llegar un poco tarde.

—Buenos días.

Mark se dio cuenta de que se había puesto colorado. Por desgracia, eso de ponerse como un tomate era una reacción habitual en él.

—Ayúdame un momento a dar de comer a los animales —pidió Ricky—. Podemos hablar mientras tanto, ¿vale?

Mark dudó. Qué narices, a la mierda el instituto. Allí ya había aprendido todo lo que podían enseñarle sobre la vida. La auténtica vida, además, tenía lugar en otra parte.

—Vale —respondió.

El sol de la mañana se reflejaba en la alta fachada de cristal de aquel edificio de tintes futuristas que, agazapado sobre su explanada de césped bien cuidado, parecía una nave espacial varada en el polígono industrial. Henning dejó el monovolumen en el aparcamiento, que seguía vacío salvo por un par de coches. Sacó sus dos maletines de aluminio del maletero y apenas masculló un «No hace falta» cuando Pia quiso llevarle uno. Desde que habían dejado a Christoph en la puerta de Birkenhof hacía un cuarto de hora, Henning, en un derroche de su habitual malhumor matutino, no había abierto la boca; pero Pia había estado dieciséis años casada con él y conocía sus rarezas mejor que nadie, así que no le molestó. A veces Henning era capaz de pasarse tres días sin pronunciar una sola palabra. Cruzaron la explanada decorada con arriates de flores exuberantes y pasaron junto a una fuente donde había dos coches patrulla aparcados. La inspectora se fijó en el letrero de la empresa: «WindPro GmbH». El estilizado molino de viento que había junto al nombre indicaba a qué se dedicaba la compañía. Un agente de uniforme aguardaba bostezando en los peldaños que subían a la puerta de entrada y les indicó que pasaran con un gesto de la cabeza. El inconfundible olor dulzón de la carne putrefacta se le metió a Pia por la nariz nada más pisar el imponente vestíbulo abierto de la recepción.

—Bueno, pues parece que alguien se ha pasado todo el fin de semana metido en esta incubadora —comentó Henning.

La inspectora no hizo caso de su cinismo. Su mirada ascendió hacia los tres pisos a los que se subía tanto por unas escaleras curvas como por un ascensor de cristal. Ante el alargado mostrador de acero inoxidable de la derecha había una mujer sentada en una silla e inclinada hacia delante, tenía los codos apoyados en las rodillas y el rostro enterrado entre las manos. A su alrededor había varios agentes uniformados y un hombre de paisano. Ese debía de ser el nuevo compañero del que había hablado su jefe.

—Vaya, mira tú por dónde —comentó Henning.

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

–Sí, Cemalettin Altunay. Hasta ahora estaba en la K 11 de Offenbach.

Como segundo del Instituto Anatómico Forense de Frankfurt, Henning conocía a la mayoría de los colaboradores de los Departamentos de Delitos Violentos de la región del Rin-Meno y de todo Hessen Sur.

Pia se quedó mirando al inspector, que se había inclinado sobre la mujer y hablaba con ella en voz baja. Calculó que tendría como mucho cuarenta años y, desde una perspectiva puramente estética, era una mejora indudable con respecto a su predecesor, Frank Behnke. Camisa blanquísima, vaqueros negros, zapatos relucientes, el pelo espeso y negro con corte militar: una presencia impecable. Al instante se sintió más incómoda aún con su camiseta gris arrugada, los redondeles de sudor bajo las axilas y los vaqueros sucios. Tal vez sí habría tenido que ducharse y cambiarse de ropa. Demasiado tarde.

–Hola, doctor Kirchhoff –dijo el nuevo con una voz agradable y profunda; después se volvió hacia Pia y le tendió la mano–. Inspector Cem Altunay. Me alegro de conocerte, Pia. Kai y Kathrin me han hablado muchísimo de ti. ¿Qué tal te han ido las vacaciones?

–Pues... bien. Gracias. –balbuceó ella–. Acabo de aterrizar hace treinta minutos, el vuelo llevaba nueve horas de retraso...

–Y nada más llegar, un cadáver. Lo siento. –Altunay sonrió como disculpándose, como si él fuera responsable.

Se miraron unos instantes y luego Pia bajó los ojos. La mirada chocolate negro de ese hombre la desconcertaba. Los segundos seguían pasando y su silencio se hizo lamentable. Tras ellos, Henning soltó un pequeño resoplido burlón que hizo regresar a Pia a la realidad.

–¿Qué tenemos? –preguntó la inspectora.

–La víctima se llamaba Rolf Grossmann y trabajaba en la empresa desde hacía un par de años como vigilante nocturno. Parece un accidente –respondió Cem–. Una empleada ha encontrado el cadáver esta mañana sobre las seis y media. Ven conmigo.

El olor dulzón se intensificó. Los cadáveres que desprendían un hedor tan penetrante no solían tener buen aspecto. Pia lo siguió por la escalera y, aunque se preparó para lo que venía, la escena la dejó momentáneamente sin respiración. El muerto, cuya cara abotargada y lívida apenas conservaba rasgos humanos, yacía en un descansillo entre el segundo y el tercer piso con las extremidades torcidas en ángulos grotescos. La inspectora había presenciado muchas cosas en su trabajo, y a pesar de ello se le revolvió el estómago al ver las moscas que recorrían el cadáver. Solo su autocontrol profesional impidió que vomitara delante del nuevo.

—¿Qué te hace pensar que fue un accidente? —preguntó mientras luchaba por contener las náuseas. El calor acumulado en el gran vestíbulo la hacía sudar por todos los poros—. ¡Buf! ¿Es que no se puede encender el aire acondicionado o abrir esa cúpula de cristal?

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Henning, que ya se estaba poniendo un mono blanco desechable—. Mucho cuidado con fastidiarme el lugar de los hechos.

A Pia no se le escapó la expresión de asombro de su nuevo compañero.

—Estuvimos casados —ofreció como breve explicación—. Bueno, ¿tú qué crees?

—Parece que tropezó y cayó por la escalera —repuso Cem Altunay.

—Mmm... —La mirada de la inspectora siguió los peldaños que ascendían formando un arco hacia el tercer piso—. ¿Has podido hablar ya con la mujer que lo ha encontrado? ¿Qué hacía aquí tan temprano, a las seis y media de la mañana?

Henning abrió su maletín con gran ruido. Las moscas zumbaban a su alrededor mientras se inclinaba sobre el cadáver y lo examinaba con ojo de experto.

—Por lo visto entra siempre a esa hora. Trabaja en contabilidad. —Altunay se volvió hacia la mujer, que todavía estaba sentada en la silla, inmóvil—. Sigue conmocionada. Parece que la

víctima y ella se llevaban bien y muchas veces se tomaban una taza de café juntos por la mañana.

—Pero ¿cómo pudo caerse por la escalera así, sin más?

—Creo que tenía problemas con la bebida. Eso afirma por lo menos la contable —contestó su compañero—. Además, el cadáver apesta a alcohol, y en el *office* que hay detrás del mostrador de recepción hemos encontrado una botella de Jack Daniel's empezada.

El empleado de la empresa de mensajería vestido de marrón oscuro resolló al tenderle el aparato con lápiz electrónico a la mujer para que le firmara la entrega.

Ella garabateó una firma en la pantalla llena de arañazos y sonrió con satisfacción. El mensajero no se había molestado en ocultar su disgusto cuando lo obligó a arrastrar los paquetes hasta el almacén en lugar de dejarlos en el patio, pero eso a Frauke Hirtreiter le traía sin cuidado.

Regresó a la tienda, encendió la luz y miró a su alrededor. Aunque en sentido estricto el establecimiento era propiedad de Ricky, ella lo amaba como si fuera suyo. Por fin había encontrado en la vida un lugar en el que se sentía del todo a gusto. El Paraíso Animal hacía honor a su nombre, no tenía nada que ver con esas tiendas de mascotas mal iluminadas y con olor a moho y humedad que recordaba de su infancia. Abrió la puerta de la sala contigua, donde se había instalado la peluquería canina. Aquel era su reino. Gracias a unos cursos nocturnos, se había sacado un título de peluquera para perros —o *groomer*, como lo llamaban ahora—; sus servicios gozaban de muy buena reputación entre la clientela y salían rentables. Además de eso, colaboraba en la escuela canina de Ricky y, desde hacía varias semanas, también en la tienda *online*, que funcionaba cada vez mejor. Frauke cruzó el establecimiento para entrar en la oficina, donde Nika ya estaba sentada al ordenador, y se interesó por los pedidos que les habían entrado.

—¿Cuántos son? —preguntó Frauke con curiosidad.

–Veinticuatro –contestó Nika–. Un aumento de un cien por cien con respecto al lunes de la semana pasada. Solo que no puedo introducir los artículos nuevos.

–¿Por qué no?

Frauke sacó dos tazas de café del armario que colgaba encima del fregadero de la minicocina. La cafetera borboteaba con eficiencia.

–Ni idea. Siempre me da el mismo problema. Introduzco el artículo en el programa, pero, cuando quiero grabarlo, no me hace caso.

–Debería mirarlo Mark. Seguro que él tiene alguna idea.

–Sí, será lo mejor. –Nika envió un documento a imprimir y poco después la impresora de inyección de tinta escupió los pedidos. Bostezó mientras se estiraba y dijo–: Me voy un rato al almacén.

–¿Por qué no nos tomamos un café antes? Todavía tenemos algo de tiempo. –Frauke sirvió las dos tazas y le pasó una a Nika–. Ya lleva leche.

–Gracias –repuso ella, que sonrió y sopló el café caliente.

Frauke estaba contentísima de tener a Nika en el equipo de El Paraíso Animal, porque Ricky nunca disponía de mucho tiempo para la tienda, y las auxiliares que les habían enviado desde la Oficina de Empleo no habían sido de gran ayuda. Una les había robado, la siguiente había resultado demasiado mema para gestionar los pedidos y la tercera por lo visto había acabado con dolores de espalda al cabo de tres días por culpa del esfuerzo excesivo. Nika, por el contrario, era eficiente y nunca se quejaba, había introducido un sistema en la caótica contabilidad e incluso limpiaba la tienda por las tardes desde que la señora de la limpieza se despidió. Frauke no sabía mucho de su pasado, solo que era una vieja amiga de Ricky y que vivía realquilada con ella y con Yannis en el sótano de su casa de Schneidhain. La primera vez que la vio no le había impresionado demasiado: flaca y callada, con el pelo rubio ceniza mal peinado, gafas y una palidez enfermiza, y además vestida con ropa que otra gente tiraba a los contenedores de la Cruz Roja. Al lado de Ricky se

la veía tan insignificante como una perdiz comparada con un pavo real, pero tal vez por eso habían sido tan buenas amigas. A Ricky no le gustaba demasiado la competencia, y Nika no representaba ningún peligro en absoluto, igual que Frauke. Le habría encantado saber más detalles acerca de ella, siempre tan discreta y a menudo con cara triste, pero casi nunca hablaba de sí misma, por desgracia. En más de una ocasión, Frauke no había logrado contener la curiosidad y había dejado caer alguna pregunta como de pasada, pero Nika sonreía y lo único que decía era que había tenido una vida muy poco espectacular y que casi ni merecía la pena hablar de ella.

—Bueno, pues voy a tumbarme un rato. —Nika dejó la taza en el fregadero—. Ricky quería estar aquí sobre las nueve y media para entregar los pedidos. ¿Llamas tú a Mark?

—Claro, yo me encargo. —Frauke asintió y sonrió satisfecha.

Su vida se había transformado para mejor, sin duda, y ella esperaba que siguiera así mucho tiempo. A poder ser, para siempre.

Henning había examinado el cadáver a fondo y ya tenía sus primeras conclusiones. Se quitó la mascarilla y se volvió hacia Pia y Cem Altunay.

—Calculo que la muerte tuvo lugar entre las tres y las seis de la madrugada del sábado —anunció—. El rígor mortis ya ha desaparecido, las manchas cadavéricas apenas se desvanecen con la presión.

—Gracias. —Pia le dirigió una cabezada a su exmarido, que contemplaba el cadáver con la frente arrugada—. ¿Qué sucede? —le preguntó.

—Mmm. Es posible que me equivoque, pero, no sé por qué, creo que la causa de la muerte no fue la caída por la escalera. No se partió la nuca.

—¿Crees que alguien podría haberle ayudado?

—Es posible. —Henning asintió.

La inspectora consideró un momento si debía llamar a Oliver, pero decidió no hacerlo. Su jefe le había pasado la dirección del caso, así que le correspondía a ella valorar la situación, y esa leve sospecha de Henning de que podía tratarse de un homicidio bastaba para poner en marcha toda la maquinaria.

—Llamaremos a los de rastros y pediremos algunos agentes más para preservar el lugar de los hechos —le propuso a Cem—. El edificio queda clausurado hasta que sepamos qué ha ocurrido aquí. Y quiero una autopsia.

—De acuerdo, yo me encargo de todo eso. —Cem asintió y sacó el móvil del bolsillo de su pantalón mientras ambos bajaban la escalera.

En la entrada del edificio, que seguía cerrado, se oían voces alteradas. Uno de los agentes que debían impedir que los trabajadores de WindPro se pasearan por el vestíbulo y destruyeran posibles pruebas abandonó su puesto y se acercó a Pia.

—¿Qué ocurre ahí delante? —se interesó la inspectora.

—El director ha llegado y quiere entrar —contestó el policía.

—Tráemelo, pero los demás tienen que quedarse fuera.

El agente asintió y dio media vuelta.

—¿Podemos dejar que entre ya un poco de aire fresco? —le preguntó Pia a Henning.

Estaba bañada en sudor y el olor a putrefacción le resultaba del todo insoportable.

—No —repuso él, sucinto—. No antes de que llegue la Científica. No pienso dejar que Kröger me reproche nada.

—Lo hará de todas formas —comentó Pia—, porque le has puesto las manos encima al cadáver antes que él.

Cem se había dado prisa en realizar las tres llamadas una detrás de otra y volvió a guardar el móvil.

—Los de rastros ya vienen de camino, enseguida llegarán refuerzos y Kai se encarga de avisar a la fiscalía —informó.

—Bien. Ha llegado el jefe de nuestra víctima. ¿Cómo lo hacemos? —le preguntó Pia a su nuevo compañero.

—Tú preguntas, yo escucho —propuso este.

—De acuerdo.

Se sintió aliviada al ver que con Cem no habría ningún tira y afloja por la jerarquía, a diferencia de lo que ocurría con Behnke, que en todas las investigaciones e interrogatorios había reclamado ruinmente su superioridad por tener mayor antigüedad en el servicio. Poco después, un hombre muy alto y de espaldas anchas cruzó el vestíbulo acompañado por el agente. El olor repugnante y la noticia de que un trabajador había perdido la vida en su empresa le habían dejado sin color en la cara. Sin embargo, antes de que pudiera presentarse a Pia, la mujer que había encontrado el cadáver despertó de su conmoción, saltó de la silla y se abalanzó con un gemido inarticulado hacia su jefe. Al principio él la miró molesto, pero luego le tendió los brazos y la estrechó por los hombros delgados para consolarla. Solo con delicadeza e insistencia logró Cem convencer a la mujer llorosa de que lo soltara. Los trabajadores que se apretaban tras el cordón, a la entrada del vestíbulo, callaron por respeto. El director de WindPro estaba visiblemente afectado aunque se mantenía sereno.

—Pia Kirchhoff, de la K 11 de Hofheim, y este es mi compañero Cem Altunay —se presentó la inspectora.

—Stefan Theissen —repuso el director—. ¿Qué ha sucedido?

El apretón de manos de Theissen era firme aunque algo sudoroso, lo cual Pia no podía reprocharle, dada la temperatura ambiente y la agitación del momento. Tuvo que levantar la vista para mirarlo. Medía por lo menos un metro noventa y era bastante apuesto. El aroma intenso de su loción para después del afeitado desbancó por un momento el olor del cadáver. Su cabello seguía húmedo y peinado con una raya perfecta, la piel que se le veía por encima del cuello de la camisa estaba levemente enrojecida por la cuchilla.

—Su vigilante nocturno, el señor Grossmann, parece que ha sufrido un accidente mortal.

Pia observó a Theissen, atenta a su reacción.

—Eso es horroroso. ¿Cómo...? ¿Qué...? No sé... —Guardó silencio, aturdido—. Dios santo.

—Por lo que sabemos hasta el momento, se cayó por la escalera —siguió explicando la inspectora—, pero será mejor que prosigamos esta conversación en algún otro lugar.

—Sí, ¿quieren que vayamos a mi despacho? —Theissen miró a Pia con un interrogante—. Está en el tercer piso. Podemos subir en ascensor.

—Mejor no, todavía estamos esperando a los compañeros de rastros. Hasta entonces, nadie debe entrar en el edificio.

—¿Y mis trabajadores? —quiso saber Theissen.

—Me temo que hoy tendrán que empezar algo más tarde. Cuando hayamos reconstruido con exactitud cómo ocurrió el accidente.

—¿Cuánto tardarán?

Siempre la misma pregunta, y Pia dio la misma respuesta de siempre:

—Eso todavía no podemos saberlo. —Se volvió hacia su compañero—. Cem, ¿quieres pedirles que me avisen cuando llegue la Científica?

Era una sensación extraña tutear de una forma tan natural a aquel desconocido. En cierto modo, a Pia aún no le parecía un compañero. Aunque tal vez la rutina le resultaba más dura que nunca porque a esa misma hora del día anterior todavía se encontraba muy lejos de allí. Pensó un instante en Christoph y tocó con el pulgar el anillo que llevaba en el dedo y que ni siquiera a Henning, con lo perspicaz que era, le había llamado la atención. Cómo le habría gustado entretenerse un momento más en el recuerdo de su última noche en China... Pero entonces se dio cuenta de que Theissen la miraba expectante.

Cem regresó y ambos siguieron al jefe de WindPro a la sala de reuniones de la planta baja.

—Siéntense, por favor.

Theissen les señaló la mesa de juntas, cerró la puerta y dejó su maletín. Antes de tomar asiento él también, se desabrochó la americana. Ni un gramo de grasa de más, constató Pia, y eso que debía de haber cumplido ya los cincuenta. Seguramente salía a correr todas las mañanas, aunque también podía ser uno

de esos ciclistas que recorrían el Taunus a toda velocidad con sus bicis de montaña a horas intempestivas. Una vez superado el primer golpe, Theissen se relajó un poco y su cara comenzó a recobrar el color.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Una de sus empleadas ha encontrado el cadáver del señor Grossmann esta mañana —empezó a exponer Pia, y recordó cómo había abrazado Theissen a la mujer hacía un momento para consolarla.

Un jefe con corazón. Punto de simpatía para él.

—La señora Weidauer. —Theissen asintió, confirmándolo—. Es nuestra contable y siempre llega muy temprano al trabajo.

—Nos ha explicado que el señor Grossmann tenía problemas con el alcohol. ¿Es eso cierto?

El director de la empresa asintió y soltó un suspiro.

—Sí, es verdad. No es que bebiera habitualmente, pero sí pillaba una buena borrachera de vez en cuando.

—Entonces, ¿no era un riesgo para su empresa tenerlo como vigilante nocturno?

—Sí, bueno... —El director se pasó una mano por el pelo y se detuvo a buscar las palabras adecuadas—. Rolf era un antiguo compañero de clase.

Eso sorprendió a Pia. O bien se había confundido de medio a medio con la edad de Theissen, o la muerte y el estado avanzado de descomposición habían hecho que Rolf Grossmann pareciera mucho mayor de lo que era.

—Cuando íbamos al colegio éramos muy buenos amigos, después nos perdimos la pista. Volví a verlo en una cena de antiguos alumnos, hace algunos años, y me quedé de piedra. Su mujer lo había abandonado, vivía en un albergue para indigentes en Frankfurt y estaba en el paro. —Theissen se encogió de hombros—. Me dio lástima, por eso lo contraté. Como chofer y, cuando perdió el carné de conducir, como vigilante nocturno. La mayor parte del tiempo trabajaba bien, se podía confiar en él y estaba sobrio cuando estaba de servicio.

–La mayor parte del tiempo –comentó Cem–. ¿No siempre?

–No, no siempre. Una vez que vine a la empresa tarde, al volver de un viaje de negocios, lo sorprendí en el *office*. Estaba como una cuba. Después de aquello pasó un trimestre entero haciendo una cura de desintoxicación. De eso hace más de un año y no se produjo ningún otro incidente, así que di por hecho que tenía controlada la bebida.

Abierto. Franco. No encubría los hechos.

–Según la primera valoración del médico forense, el señor Grossmann murió la madrugada del sábado, sobre las cuatro –informó Pia–. ¿Cómo es posible que nadie lo haya echado en falta hasta esta mañana?

–Bueno, vivía solo. Y aquí no hay nadie los fines de semana, a no ser que estemos en la fase final previa a la conclusión de un proyecto –respondió Stefan Theissen–. Yo a veces vengo a mi despacho el sábado o el domingo, pero este fin de semana he estado de viaje. Rolf..., bueno, el señor Grossmann... normalmente termina su turno a las seis de la mañana y vuelve empezar a las seis de la tarde.

Las declaraciones de Theissen parecían coherentes. La inspectora le dio las gracias por la información y todos se levantaron. En ese momento le vibró el móvil. Era Henning.

–He descubierto algo más que interesante –se limitó a decir–. Ven a la escalera. Ya mismo, a poder ser.

No dejaba de mirarle el rostro mientras luchaba contra su mala conciencia por no haber ido a visitarla durante tanto tiempo. Ella había abierto los ojos, pero su mirada se perdía en el vacío. ¿Comprendería lo que le estaba diciendo? ¿Notaba que la estaba tocando?

–El éxito de ayer fue increíble. –Le acarició la mano–. Todo el mundo, de verdad, todo el mundo estuvo allí. Incluso la canciller Merkel. Y, por supuesto, la prensa. Hoy el libro ya es primera página en todos los periódicos. Ay, cómo te habría gustado, mi vida.

Por la ventana abatida entraban los sonidos de la ciudad: la campanilla del tranvía, bocinas, el ruido del tráfico. Dirk Eisenhut tomó la mano de su esposa y le besó los dedos fríos. Cada vez que entraba en su habitación y la veía tumbada en la cama con los ojos abiertos nacía en él la esperanza. Se habían dado casos en que los pacientes despertaban después de pasar años en estado vegetativo, y hasta la fecha nadie podía afirmar con seguridad qué sucedía en la consciencia de esas personas. Él sabía que ella lo oía. A ratos incluso parecía reaccionar a su voz, en alguna ocasión respondía a la presión de su mano, y a veces creía verla sonreír cuando le hablaba de los viejos tiempos o le daba un beso.

Le relató en voz baja la presentación de su nuevo libro, que había tenido lugar el día anterior en la Deutsche Oper Berlin. Le fue enumerando los nombres de los ilustres invitados del mundo de la política, la economía y la cultura, le transmitió los saludos de conocidos y amigos. Cuando llamaron a la puerta, no se volvió.

—Por desgracia no podré venir a verte en una temporada —le susurró—. Tengo que salir de viaje, pero siempre pienso en ti, cariño.

Ranka, la eficiente jefa de enfermeros, había entrado en la habitación; lo notó por su aroma. Siempre desprendía un leve olor a lavanda y a rosas.

—Ah, hola, profesor. Hacía tiempo que no lo veíamos.

Creyó percibir una pizca de reproche en su voz, pero no pensaba justificarse.

—Hola, Ranka —fue todo lo que dijo—. ¿Cómo se encuentra mi mujer?

Normalmente la enfermera le hablaba entonces largo y tendido sobre el día a día de Bettina, de una excursión al balcón o un minúsculo éxito con la fisioterapia. En esa ocasión, sin embargo, no le dio ninguna explicación.

—Bien —se limitó a contestar la mujer—. Como siempre. Bien.

Mala respuesta. Dirk Eisenhut no deseaba oír que no había habido cambios. El estancamiento era un paso atrás. La rehabilitación

temprana había surtido efecto al principio y el estado de Bettina mejoró; una mejoría lenta pero constante, gracias al tratamiento de estimulación basal, la fisioterapia y la logopedia. Había aprendido a tragar sola otra vez, así que pudieron retirarle la cánula traqueal y luego también la sonda gástrica. Las probabilidades de que superara el síndrome apálico eran de un cincuenta por ciento. Siendo científico, él sabía que no había garantías y que esa probabilidad tan solo era mínima. Si en el transcurso de un año no se producía una mejora apreciable en el rendimiento físico y psíquico de la paciente y esta seguía inconsciente, el tratamiento pasaría a la fase F. La sobria expresión médica para esa fase de la rehabilitación era «tratamiento activador permanente» y suponía el final de toda esperanza de recuperación.

Se despidió de su esposa con un beso, le dijo a Ranka que tenía que irse de viaje durante algunos días por motivos profesionales y salió de la habitación.

Desde aquella horrible Nochevieja solo había pisado dos veces más su villa de Potsdam o, mejor dicho, lo que las llamas habían dejado de ella: una con los expertos en incendios de la Policía y otra para recoger sus documentos del estudio, que había quedado intacto en su mayor parte. Después de eso, no había vuelto. Se había trasladado a un apartamento en el barrio de Mitte, que tanto le había gustado a Bettina, no muy lejos de su residencia de cuidados paliativos. Tener que cruzar la ciudad todas las mañanas con el coche no le molestaba; era su penitencia. Se despidió del portero con la cabeza y salió a la calle. Los ruidos y el bullicio se le echaron encima, y él se quedó inmóvil, inspiró hondo y espiró otra vez. Una horda de turistas de camino a los patios de Hackesche Höfe casi se lo llevó por delante, charlando y riendo; un taxista se detuvo junto a la acera y le dirigió una mirada interrogante, pero él le hizo saber con un gesto que no requería sus servicios. Tras una visita a Bettina siempre necesitaba dar un paseo y, además, su casa estaba a solo dos pasos. Se puso en marcha, cruzó y unos doscientos metros más allá enfiló su calle.

Quizá lo llevaría algo mejor si no hubiese podido evitar él mismo la tragedia. Cuando llegó a casa después de la fiesta en el instituto, ya entrada la tarde, se la encontró en llamas. A causa del frío glacial y de problemas con el agua de extinción, los bomberos tardaron una eternidad en abrirse paso entre aquel infierno de llamas. Bettina sobrevivió de milagro. El médico de Urgencias consiguió reanimarla, pero su cerebro había pasado mucho tiempo sin suministro de oxígeno a causa de la formación de humo. Demasiado tiempo.

Hasta ese día seguía sin haber superado el duro golpe, y tenía muy claro que la culpa era solo de él. Había cometido un error enorme, un error que jamás podría reparar.

Aquel era el día que podía inclinar la balanza. Durante semanas, más bien meses, había estado recabando información, valorándola y traduciéndola a un idioma comprensible para conseguir compañeros de lucha. Sus esfuerzos se vieron recompensados por el éxito, la iniciativa ciudadana «Por un Taunus sin molinos» contaba con más de doscientos miembros y diez veces más de simpatizantes. Fue idea suya llevar el tema de nuevo a la televisión poco antes de la asamblea vecinal, se encargó de todo, y esa tarde, por fin, había llegado el momento. ¡Cuántas cosas dependían de que la grabación saliera bien! La parte contraria debía comprender que no solo se enfrentaba a un puñado de chiflados, sino que cientos de ciudadanos se oponían a ese proyecto descabellado del parque eólico. Yannis Theodorakis salió de la ducha, alcanzó la toalla y se secó. Se pasó una mano por el mentón sin afeitarse, sopesándolo. Lo cierto era que le gustaba la barba de tres días, pero quizá causaría mejor impresión a los telespectadores si aparecía bien acicalado y serio. Después de afeitarse fue al dormitorio e inspeccionó a fondo su armario. ¿Sería exagerado un traje? Hacía años que no iba a trabajar con traje y corbata, y seguramente esas prendas ya no le quedarían bien. Al final se decidió por unos vaqueros combinados con una camisa blanca y una americana. Desde que Nika se

ocupaba de las tareas de la casa, los armarios siempre estaban en orden y toda la ropa estaba planchada y en su sitio. Yannis dejó la camisa y los vaqueros sobre la cama de matrimonio, y al verla sintió que algo enturbiaba de forma automática su buen humor. Ricky seguía durmiendo en el sofá del salón, o directamente en el suelo; insistía en que el dolor de espalda la impedía tumbarse en la cama. Hacía tiempo que gemía al realizar las tareas pesadas con las que se cargaba día tras día, pero ella no lo reconocería nunca. La tienda, el trabajo en el refugio de animales y en la escuela canina, el cuidado de todo su zoo particular y la organización de la iniciativa ciudadana requerían más tiempo del que tenía, así que apenas quedaba nada para su vida privada. El resultado de su obsesión por el trabajo eran esos dolores de espalda cada vez más intensos que la hacían acudir al quiropráctico con regularidad y que le ofrecían, según sospechaba él, una buena excusa para negarse a mantener relaciones sexuales.

Yannis salió del dormitorio y cruzó todo el pasillo hasta la cocina. Los gatos, que se habían subido al banco del rincón y a una silla para dormir al sol, huyeron al instante por la gatera que daba a la terraza. Las bestezielas que Ricky adoptaba en su infinito amor por los animales lo ponían de los nervios. A los dos perros aún podía soportarlos, pero los gatos, esos hipócritas arrogantes que dejaban pelos por todas partes, le repugnaban. Ellos respondían a su animadversión con un desdén orgulloso, y saltaba a la vista que valoraban su compañía tan poco como él la de ellos.

Por la ventana entraba la centelleante luz del sol. Hacía un día perfecto de principios de verano para la grabación de la tarde. Yannis se sirvió un café, untó un panecillo con mantequilla y mermelada de fresas y le dio un bocado. Sus pensamientos vagaban sin rumbo y acabaron recalando de nuevo en Nika, como tantas veces últimamente.

Al principio solo le habían llamado la atención pequeños detalles de su aspecto: su ropa estafalaria, ese corte de pelo imposible, las gafas de lechuza. Nika hablaba poco y era tan reservada

que a veces hasta se le olvidaba que estaba en la casa. No sabía nada sobre ella, y tampoco le había interesado en absoluto hasta aquel incidente de tres semanas atrás.

Yannis sintió calor al revivir en su memoria el momento que lo había cambiado todo. Él había bajado al sótano a por una botella de vino para la cena, y Nika, en el mismo segundo en el que él salía de la bodega, salió también de su cuarto de baño... Estaba completamente desnuda, con el pelo mojado y peinado hacia atrás. Durante un par de segundos se miraron, sobresaltados, y luego él se dirigió deprisa a la escalera, mascullando una disculpa. Ninguno de los dos volvió a mencionar ese encuentro, pero desde entonces no actuaban con naturalidad. La mirada de Nika se había marcado a fuego en su cerebro. Desde aquel día no hacía más que pensar en ella cuando estaba solo en la cama, con Ricky roncando en el suelo; cada noche que pasaba sin sexo, su deseo por Nika aumentaba y se había convertido en una obsesión que lo torturaba y lo enfurecía. Si Ricky, con lo celoso que era, llegaba a tener algún día aunque fuera una mínima sospecha, se armaría una buena. Y aun así, Yannis no conseguía quitarse de la cabeza los pechos desnudos de Nika.

—Nika —murmuró, y disfrutó del placentero suplicio que le suponía pronunciar su nombre en voz alta. El solo recuerdo de su encuentro en el sótano, que en sus fantasías, cada vez más salvajes, ya no terminaba con él huyendo avergonzado, lo ponía caliente al instante—. Maldita sea, Nika, joder.

El inspector jefe Oliver von Bodenstein estaba de pie frente a la puerta de espejo de su armario, anudándose la corbata de mal humor. ¡Menuda ocurrencia casarse un lunes por la mañana y obligar a todo el que trabajaba de la familia a tomarse un día de fiesta! Se pasó revista de perfil. Aunque metiera tripa, comprobó disgustado que se le veía una curva por encima de la cinturilla del pantalón. La noche anterior, la aguja de la báscula había rebasado por primera vez en su vida la marca de los noventa kilos, lo cual lo había dejado sin habla. ¡Solo nueve kilos más y llegaría

a los cien! Si no dejaba cuanto antes de cenar todas las noches en casa de sus padres y, para colmo, terminarse con su padre una botella de vino tinto, pronto tendría que decidir si prefería llevar la barriga por encima o por debajo del cinturón.

Se puso la americana. El traje ocultaba lo peor, pero aun así se sentía incómodo. Y no solo por la celebración nupcial de esa mañana y su aumento de peso. Durante más de veinte años su vida había transcurrido por senderos tranquilos, pero desde que se había separado de Cosima, hacía ya seis meses, todo estaba patas arriba, igual que sus hábitos alimentarios. Enseguida se dio cuenta de que había sido un error permitirse aquella aventura con Heidi Brückner, a quien conoció trabajando en un caso el noviembre anterior. Heidi se cruzó en su camino justo cuando los cimientos de su vida se sacudían a causa de la infidelidad de Cosima, y le había ayudado a superar el primer impacto del dolor, pero aún habría de pasar mucho tiempo antes de que se sintiera preparado para una nueva relación seria. Habían hablado por teléfono un par de veces, después él dejó de llamarla y el asunto quedó en nada, sin discusiones y sin que le hubiera afectado mucho.

Sin embargo, el verdadero motivo por el que habría preferido estar con sus compañeros junto a un cadáver, en lugar de tener que ir al registro civil del ayuntamiento de Kelkheim, era Cosima. Desde hacía medio año, cuando le había presentado los hechos consumados y poco después se había ido a dar la vuelta al mundo en velero con su amante ruso, casi no había hablado con ella. Bodenstein seguía recriminándole que por puro egoísmo hubiera destrozado la familia, y con ello también la vida de él. Su mujer había mantenido una relación secreta con el tal Alexander Gavrillow, aventurero, durante semanas e incluso meses sin que él sospechara nada en absoluto. Cosima lo había hecho sentirse como un imbécil, y a él, una vez más, no le quedó más opción que aceptar sus decisiones, aunque solo fuera por sus hijos. Lorenz y Rosalie ya eran mayores y se habían independizado, pero Sophia solo era una niña de dos años y medio. Tenía derecho a disfrutar de un padre y una madre, al

margen de lo que sucediera entre Cosima y él. Oliver le dirigió una última mirada de resignación a su imagen del espejo. Se había hecho el firme propósito de poner como pretexto el hallazgo del cadáver y marcharse de la celebración familiar en cuanto terminara la ceremonia si Cosima tenía la desfachatez de presentarse con ese Gavrilow. En secreto, casi esperaba que hiciera precisamente eso.

Ya de lejos vio los dos coches aparcados en el patio y sospechó lo que se le venía encima. Ludwig Hirtreiter no era una persona que eludiera los conflictos, así que siguió avanzando a zancadas y abrió la verja del jardín. *Tell* corrió hacia los dos hombres y empezó a ladrar.

—¡*Tell!*—exclamó él—. Para. ¡Aquí!

El perro obedeció al instante.

—¿Qué queréis?—gruñó Ludwig.

Por dentro aún seguía encendido por lo de la tala ilegal del bosque; un momento más que inoportuno el que habían elegido sus hijos para hacerle una visita.

—Buenos días, papá—dijo Matthias, el pequeño, y sonrió—. ¿Tienes tiempo para un café?

Qué maniobra más transparente...

—No, si empezáis otra vez con lo de la dehesa.

Tenía muy claro que habían ido a verlo justamente por eso. Llevaban años evitando todo contacto con él más allá de la felicitación de cada Navidad, que nunca decía nada, y la obligada llamada el día de su cumpleaños, y a él ese arreglo le parecía perfecto. Miró a sus hijos levantando las cejas. Allí los tenía, apocados y empequeñecidos, plantados junto a sus cochazos con sus trajes elegantes.

—Papá, por favor—empezó a decir Gregor con un tono servil que iba tan poco con él como ese estúpido deportivo—. No puedes querer que perdamos todo lo que hemos construido.

—¿Y a mí qué me importa?—Ludwig Hirtreiter se descolgó la escopeta del hombro, la clavó en el suelo y se apoyó en ella—.

Nunca os ha interesado nada de lo mío, ¿por qué voy a interesarme yo ahora por lo vuestro?

Dos semanas antes lo habían llamado por primera vez. Porque sí, le habían dicho. Él enseguida sospechó, y con razón, tal como se demostró poco después. Ludwig Hirtreiter aún no sabía cómo se habían enterado sus hijos de la oferta de WindPro, pero ese era el único motivo del repentino resurgir de su amor filial. Lo desesperados que debían de estar para presentarse allí después de todo ese tiempo... Fue Matthias el primero en mencionar la dehesa. A la fase de amabilidad le siguió la de súplica, intercalando vacilantes revelaciones sobre su precaria situación económica. Como tampoco eso dio resultado, apelaron a sus responsabilidades paternas. Los dos hermanos estaban prácticamente en quiebra: uno temía la llegada del administrador de insolventes; el otro, la del agente judicial. Ambos necesitaban dinero con urgencia y ambos temían la maldad y la burla de aquel a quien durante años habían deslumbrado con sus vidas de lujo, que en realidad solo eran de prestado.

—¿Algo más? —Ludwig se quedó mirando a esos dos hombres que habían terminado por serle indiferentes. Ya no despertaban en él ningún sentimiento, ni bueno ni malo—. Tengo cosas que hacer.

Se echó la escopeta al hombro y se volvió para dejarlos allí plantados.

—¡Espera, papá, por favor! —Matthias dio un paso hacia él. En sus ojos ya no había arrogancia, solo quedaba desesperación—. No entendemos por qué te opones con tanta obstinación a la venta de ese prado. No es que vayan a construirte una autopista delante de casa. Como mucho tendrás un par de semanas de ruido y suciedad durante la fase de las obras, y luego puede que se pase por aquí un técnico cada cuatro o cinco días.

No le faltaba razón del todo. Era una auténtica tontería rechazar la oferta de WindPro, sobre todo porque la habían subido un millón más. Pero ¿con qué cara se presentaría entonces ante los demás, que confiaban en él? ¡Heinrich no volvería a dirigirle la palabra! Si vendía esa dehesa, la construcción del parque eólico ya no podría evitarse y todo habría sido en vano.

Matthias, por lo visto, interpretó el silencio de su padre como una victoria parcial.

—De verdad que sentimos muchísimo lo que sucedió en el pasado —añadió—. Dijimos muchas tonterías y te hicimos daño. Lo hecho, hecho está, pero tal vez podríamos empezar de nuevo. Como una familia. A tus nietos les encantaría ver a su abuelo más a menudo.

Un burdo intento de chantaje emocional.

—Es un gesto bonito de verdad por tu parte —repuso Ludwig Hirtreiter, que vio la esperanza relucir en los ojos de su benjamín y se dispuso a destruirla con gran placer—, pero llega demasiado tarde, por desgracia. Vosotros dos me importáis un comino. Dejadme en paz, igual que habéis hecho durante veinte años.

—Pero, papá... —pidió con humildad Gregor en un último y lamentable intento—, nosotros somos tus hijos, y los dos...

—Los dos fuisteis un episodio de mi vida, nada más —lo atajó él—. No pienso vender la dehesa. Fin de la discusión. Y ahora, desapareced de mi granja.

Los agentes de la Policía científica habían tomado el mando bajo la dirección del inspector jefe Christian Kröger. Enfundados en sus monos blancos con capucha y sus mascarillas, realizaban de manera rutinaria las labores habituales en el escenario del crimen: sacaban fotografías y buscaban todos los rastros para fijarlos y numerarlos, ya que más adelante podían resultar relevantes para el esclarecimiento del caso. Un trabajo laborioso y prolongado para el que Pia no habría tenido paciencia. Dos agentes estaban ocupados recubriendo los pasamanos de acero inoxidable de los tres pisos con polvo de hollín para recuperar las huellas dactilares. A la inspectora le parecía que aquello no tenía mucho sentido, porque decenas de personas ponían las manos todos los días en esa barandilla, pero se guardó su opinión para no provocar la ira de Kröger justo el primer día después de sus vacaciones.